

Rosén, Hannah. *Latine loqui; Trends and Directions in the Crystallization of Classical Latin*. München, Wilhelm Fink, 1999. 224 p.

La lengua latina -dice la autora en el prefacio- ha sido objeto de investigación histórica en su etapa temprana, es decir en su transición desde su fase indo-europea hasta sus primeros testimonios, como así también en sus etapas tardías. Mucha menor atención, en cambio, se ha prestado a las fases que preceden a la forma equilibrada y madura que se conoce como Latín Clásico. Su propósito, en este estudio, es delinear la dirección que permitió a la lengua latina llegar al estado que se caracteriza como la fase del *Latine loqui*, del *sermo Latinus*, en una palabra de la *Latinitas*.

El libro está dividido en tres partes: la primera, que consta de dos capítulos, es de carácter general; en la segunda, la autora aborda, en cuatro capítulos, cuestiones relativas al léxico, a la morfosintaxis, a las relaciones sintagmáticas y a la cohesión, deteniéndose en algunos temas puntuales de su interés personal a los que denomina ‘estudios de caso’ (*case study*); y en la tercera, señala las tendencias generales que subyacen a los procesos de cambio estudiados en el trabajo. La obra se cierra con una amplia y actualizada bibliografía y un índice temático.

En el primer capítulo de la primera parte señala la autora los rasgos generales del Latín Clásico, cuya configuración, según se reconoce tradicionalmente, se debe sobre todo a la actividad intelectual de Cicerón y de su círculo. Estos rasgos son: la acuñación de nuevos términos, la elaboración del período sintáctico y el cuidado de la interrelación entre eufonía y gramática.

Rosén reconoce como predecesores en el estudio del proceso que conduce al estado de lengua que se conoce como Latín Clásico a Marouzeau (*Introduction au latin*, 1941 y *Quelques aspects de la formation du latin litteraire*, 1949), cuyas aseveraciones sobre el tema juzga ‘impresionistas’; a W. Kroll (“Die Entwicklung der lateinischen Schriftsprache”, *Glotta* 22, 1934) y a G. Neumann (“Sprachnormung im klassischen Latein”, in *Sprachnorm, Sprachpflege, Sprachkritik*, 1966-1967). Los dos últimos autores subrayan que ‘selección’ y ‘eliminación de lo redundante’ son las fuerzas que impulsan la formación o estandarización del Latín Clásico, a las que Rosén agrega la incorporación de un considerable número de nuevos instrumentos lingüísticos.

No cree Rosén que el Latín Clásico estándar deba ser considerado una *koiné* –categoría en la que lo incluía Marouzeau- puesto que esta noción es extraña al concepto de lengua literaria, la cual no tiende a la uniformidad de una lengua coloquial culta sino que puede preservar o desarrollar

Martha Garelli

idiosincrasias, ya sean de origen dialectal, pertenecientes al gusto personal o dependientes de la moda.

En la consideración del Latín Literario, Rosén afirma que, más que reflejar el lenguaje de las masas, educadas o no, depende en muchos detalles del trabajo individual de los autores de los diversos géneros. Sus contribuciones se manifiestan en innovaciones producidas por invención, traducción y menos frecuentemente y no antes de Enio, por calco (*dicti studiosus* por *philólogos*, por ej.). Plauto abre las puertas a las formaciones híbridas greco-latinas como *multiphagus* o los derivativos en *-issare* (de *graecissare* en Plauto a *exopinissare* en Petronio). Cicerón enriquece el léxico con su masiva actividad de acuñación y con la recuperación de antiguos términos a los que da nuevo sentido, a la vez que es un importante agente en otros procesos lingüísticos tales como la especialización de las conjunciones subordinantes, el desarrollo del período sintáctico y ciertas convenciones en el orden de palabras como un requerimiento para lograr la prosa rítmica. Señala además la contribución al cambio lingüístico de ciertas prácticas institucionales: por ejemplo, la redacción y publicación de los *decreta* o los *senatus consulta*, que produjeron la naturalización de las estructuras lingüísticas propias del estilo indirecto.

A continuación, Rosén se detiene en uno de los factores determinantes en el desarrollo del Latín literario: su encuentro con la lengua griega, manteniendo en este aspecto la clásica distinción entre los grecismos de la variedad literaria y los que pertenecen a lenguas especiales o técnicas, o al slang cotidiano; los grecismos literarios -lexicales, sintácticos u otros- forman parte de la *imitatio* literaria, del deseo de emular el modelo literario.

Brevemente se ocupa la autora de la noción de norma lingüística o estándar (*norma loquendi*, Hor. *Ars* 72, *regula loquendi*, Quint. 1.7.1, *regula sermonis*, id. 1.6.44), tomada por los romanos de los griegos. Considera que este concepto fue para la mente romana inseparable de la reacción aticista frente al excentricismo asianista. *Latinitas*, el *pendant* del gr. *Hellenismós* en un escenario romano, resultó un ideal lingüístico y cultural promovido por la actividad literaria. Paradójicamente, el encuentro con el griego produjo no sólo adiciones, innovaciones y adaptaciones, sino que fue un factor más en el proceso de eliminación y erradicación de elementos lingüísticos. La autoimpuesta sumisión a la norma, a la *Latinitas* como ideal gramatical, justificó y profundizó la tendencia a eliminar no solo lo extranjero sino también lo redundante. Como resultado de este contacto con el griego, desde Catón a Cicerón, se observan en el Latín dos actividades lingüísticas conflictivas: 1) la que agrega más y más términos a su inventario lexical; 2) la conducente a la extinción de uno o más items rivales, tendencia que se ubica al final de la primera centuria (por ejemplo la

desaparición de ciertos sufijos en las nominalizaciones sustantivas o el de la ‘normalización’ en la formación de adverbios).

Por último aclara Rosén que la actitud de los romanos hacia la recepción y aceptación de elementos griegos en su lengua pasó por diferentes fases. La línea de desarrollo en la actitud hacia lo griego fue de rechazo primero, de tolerancia luego y por último, de aceptación. El reemplazo de *Camēnae* por *Musae*, a partir de Enio, le sirve como ejemplo ilustrativo del cambio de actitud hacia el influjo griego que se produjo en el período entre Nevio y Enio. Considera que ello se debió al hecho de haberse alcanzado una conciencia lingüística madura de la lengua latina, una confianza en sus potencialidades como para tolerar elementos griegos junto a sus propias creaciones.

El segundo capítulo comienza con una cita de Quintiliano (8.3.26) sobre la transición de la elocuencia latina arcaica a la clásica.: *Totus prope mutatus est sermo*. La autora compara, entre otros, textos de Claudius Quadrigarius y de Livio, de Enio y de Virgilio, de Catulo y de epitafios arcaicos y concluye que los medios sintácticos de expresión del Latín Clásico, aunque en parte sufren cambios de estructura, ya están presentes en etapas anteriores.

En la segunda parte, según hemos anticipado, se analizan puntualmente: 1) cuestiones relativas al léxico y la morfología (se incluyen, entre temas más generales, análisis de casos particulares tales como los del adjetivo *pulcher* en competencia con *bellus* y *formosus*; los adverbios derivados de adjetivos y el predominio de ciertos morfemas sobre otros en la formación de sustantivos); 2) temas de morfosintaxis (en este capítulo los estudios de caso se refieren a las construcciones perifrásticas, a la pasiva y a la competencia entre terminaciones casuales y uso de preposiciones como elementos de relación); 3) cuestiones sintagmáticas (en modo especial los factores que controlan el orden de palabras); 4) la cohesión textual, cuyos procedimientos se reconocen como escasamente afectados por los procesos diacrónicos (en este capítulo el estudio de caso se dedica al relativo conectivo).

En la tercera parte, Rosén sintetiza seis tendencias que, a su juicio, produjeron la transición del Latín Arcaico al Latín Literario Clásico. Aclara que usa el término ‘tendencia’ no en un sentido vago, sino para caracterizar los *stimuli*, algunos conscientes, otros no, que están detrás del proceso descrito en el libro. Estas tendencias se orientan hacia:

1) La SIMPLIFICACION del sistema flexional que no recae sobre un ámbito específicamente literario del lenguaje, sino que comienza en el registro coloquial, no artístico. Se manifiesta, por ejemplo, en el reemplazo de ciertos nombres y verbos más complicados por sinónimos de forma más común, como *focus* en lugar de *ignis*, *necare* u *occidere* por *interficere*, de

Martha Garelli

cupere por *desiderare* u *optare*. La materialización de esta tendencia puede testimoniarse a través de escasos signos en la lengua artística de la República; es observable más bien en períodos posteriores al que estudia este trabajo: su real ímpetu tiene lugar en la lengua popular rápidamente desarrollada en el Imperio.

2) La REGULARIZACIÓN flexional, observable, por ejemplo, en la victoria de los sufijos *-ter* y *-e* sobre otras terminaciones adverbiales.

3) La SIMETRIZACIÓN, tendencia que actúa en cada etapa histórica del Latín y especialmente en la que corresponde al Latín Tardío. Puede advertirse, en el período estudiado, en el desarrollo de las seis formas de infinitivo para las cláusulas de estilo indirecto así como en el del sistema de los cuatro participios.

4) La LEXICALIZACIÓN, operativa tanto en términos derivados que presentan una modificación semántica, como entre los que sufren transformaciones sintácticas. Entre los primeros pueden citarse los diminutivos y frecuentativos-intensivos que se transforman en items lexicales autónomos (*osculum, formula; habitare, uersari*); entre los segundos los abstractos que pierden la capacidad de ser complementados como el verbo de que proceden (*mansio ad amicam*), proceso que comprende incluso la desaparición de algunos de estos nombres (*usio, receptio*) reemplazados por construcciones con verbos finitos.

5) La GRAMATICALIZACIÓN, que se presenta como la contrapartida de la tendencia anterior. Se ejemplifica con el caso de los sufijos *-fer* y *-ger*, que surgieron de necesidades de traducción de términos equivalentes griegos, pero que perdieron luego su significado lexemático llegando a equivaler a otros sufijos (*flammifer* o *flammiger* se emplean como *flammatus* y *flamans*). Igualmente la forma *amabo* ('por favor'), o *verum* como conector adversativo, formas de *velle* como componente de pronombres indefinidos (*quiuis, uteruis*) o la forma prohibitiva *noli facere*. Se señala que también las construcciones sufren gramaticalización (por ej., la construcción AcI que nace como una tematización del sujeto de una predicación subordinada no-finita).

6) La EXPLICITACIÓN, es decir cambios en el nivel gramatical de un elemento que cumple una determinada función por otra forma más explícita de esa función (en lugar del adj. *patrius*, se usa *patris* o *patrum*, en lugar de *seruilis*, se prefiere *serui, seruorum, seruae, seruarum*, en razón de que el Genitivo, a diferencia del adjetivo correspondiente, es capaz de mostrar las categorías nominales de sexo, número, etc.

Por último, en una breve sinopsis de tres páginas, la autora registra los efectos concretos de estas tendencias, a los que agrupa en procesos de reducción, expansión y cambio, clasificándolos en distintos niveles

Rosén, Hannah...

lingüísticos: gramática, categorías semánticas, estructura de la información, nivel del discurso, registro.

La obra, de notable erudición, es el resultado y la síntesis de temas desarrollados a través de muchos años en cursos dictados por Rosén en distintas universidades europeas y discutidos, especialmente, en sus seminarios de la Universidad Hebrea de Jerusalén donde desarrolla su labor docente y de investigación. Constituye, según mi criterio, un aporte utilísimo que brinda nuevos enfoques de distintas temáticas de lingüística latina, asentadas en una variedad de textos y ejemplos que hacen convincentes sus conclusiones.

Martha Garelli
Universidad Nacional del Sur (Argentina)

